

"Curso frustrado de eneagramas"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Image not found.

Capítulo 1

Me habían dicho que la encontraría sentada junto al mar con la cabeza vuelta hacia el Norte y la mirada fija en el horizonte, que parecería meditabunda o dormida en alegre letargo filosófico. La hallé, sí, era como la habían descrito. Me interné en ella por sus vías sanguíneas, sentí el vibrar de los motores, el ruido de los cláxones, el humo de los coches y los taxis amarillos con su cuadrícula cocodriliana, vi a los transeúntes cambiando continuamente de lugar como hormigas apuradas pero sin estrés. Me metí por una de las calles que encontré y jugando a la rayuela con los encuentros del azar me dejé llevar por el torrente. Fui puliendo las aceras con las desgastadas suelas de mis zapatos. Encontré su corazón, era rosado y no rojo como me lo había imaginado.

¿Cuántos amores no habrán llorado por esta ciudad que le cantó sus himnos a Evita? Oigo resonar un acordeón que trova con amor y respeto desde Santa Clara a un héroe, le recita pero es tan original el tango, que suena a tabaco y ron, ¡Qué grande fuiste, Che!!Qué grande!

Desde donde me encuentro veo el obelisco de la fundación de esta hermosa ciudad que nació, murió y resucitó con sus dos fundaciones. Me meto a una taberna para alimentarme de este cuerpo costeño.

“No hay mariscos, joven, solo carnes asadas y buen vino para acompañar”. Pues me trae la especialidad de la casa para empezar. El delicioso quebracho de cosecha reciente me cosquillea el paladar, la carne tiene sabor de pampa, de planicie ruda de pastizales, termino la porción y salgo a vagabundear por sus arterias.

Al cabo de media hora me he llenado de una sensación rara que ha sido provocada por la distribución de las edificaciones. Muy extraño, ¿No es así? “Me digo a mí mismo”, sí que lo es, ¿Será este el espíritu de la ciudad? “Pues yo diría que sí”, me dice mi voz interna.

Entonces, adivino esos palacios franceses enormes con buhardillas lejanas casi inadmisibles, luego veo esas construcciones angulares de los albañiles napolitanos, los edificios experimentales que llenaron el currículo de los jóvenes arquitectos romanos y, por último, los cimientos de balcones no realizados. Aparecen rascacielos modernos americanos y hasta un barrio con el nombre de Palermo Hollywood.

Ya la he sentido y apreciado, ya me siento más asentado. “Es la hora de un buen mate pero no de ajedrez” Me dice mi alegre voz interna. Sí, vashamos, le digo con ese sonido palatal, dentón y silbante de los porteños. De pronto, veo un anuncio:

"Curso de eneagramas, descubra su personalidad"

"¿Tú sabes qué es eso de los eneagramas?" Me pregunta desde mi interior la voz. La verdad, no lo sé pero algo me dice que estará relacionado con la numerología o las matemáticas. "¿Por qué no vas y lo descubres por ti mismo?" Pues, sí, tienes razón sólo que no me queda muy claro eso que dice de descubra su personalidad porque en cuanto a las matemáticas, soy un boludo, como vos decís.

"Mirá la dirección, está a un lado del Cabildo (Montserrat), no está muy lejos". Bueno, ¿a qué hora empieza? "A las seis de la tarde". Tenemos tiempo de sobra, vayámonos a la Plaza de Mayo a pasear, que el Cabildo está ahí mismo.

"¿Qué pensás vos, nos sentamos en ese banco?" Sí, de acuerdo. ¡Qué bonita plaza es esta! ¿Ese es el monumento de la independencia? "Sí, eso fue hace mucho, fue en 1810". Mira qué casualidad, la independencia de México fue el mismo año, pero el 16 de septiembre. "¿Escuchás la música?"

Capítulo 2

No puedo contestar, la música me arrolla, es un coqueteo descarado de viento arrugado, el cual se empecina en enamorarme y entre el fuelle de aliento airoso y el teclado del acordeón me siento bailar en vilo, flotando. Percibo la frase ascendente que parece impulsarme hacia las alturas donde se divisa el mar. La voz musical me dice:

La brisa de la libertad está aquí, deja de mover tus dedos rápidos mientras las notas contundentes y escalonadas te hacen sentir el baile de la libertad. Y el tango, suave, ascendente, vertiginoso por momentos, y en otros rasposo, te deja vencido y vibrante por los golpeteos del bajo que azota tus cuerdas. El acordeón solo te dice, mirá, así, dejate llevar, solo dejate llevar y ya verás la libertad, solo dejate llevar a la mar de la libertad, del tango libertad.

Cuando recobro la tierra tengo ante mí a una pareja. El hombre delgado, trajeado de negro, lleva el bigote recortado y abraza a una mujer esplendorosa, poetiza y narradora, mágica mujer que encanta con su voz chabacana. Su delineado y blanco cuerpo contrasta con el de él. Su vestido entallado, blanco y con encaje lleva unos machos que le cuelgan y se agitan. Se adhiere con fuerza al cuerpo del tanguero que la conduce por un laberinto. Tiene el pelo lustroso y recogido, ella gira mientras ejecutan los traspies cruzados con giros, la cadena invertida y la salida con barrida espectacular.

“¿Te gusta?” Me preguntan Cásares y Cortázar. Sí, es admirable lo que logra desatar en el baile y en el observador la voz de Gardel en “Por una cabeza” o la fina ejecución del maestro Williams y su orquesta. “Es de lo mejor que tenemos por aquí, la melodía nos llega desde el teatro de Buenos Aires. ¿Lo conoces?”

Como no lo voy a conocer si destaca por su cuadrado cuerpo, le saca una cabeza al Bolshoi, pero no tiene el carro con caballos. “Ni falta le hace”, me dice Adolfo. “Si me perdonan me voy a tomar un mate y si quieren les traigo una calabacita con yerba bien sobada”. Cortázar saca el cigarrillo y con parsimonia enciende un pitillo, me mira y dice que está tratando de dejar el tabaco, que no es por la salud sino por las leyes, en Francia, agrega, ya no te dejan fumar en ningún lado, es por eso que ya no asisto a ninguna entrevista.

Oye, Julio, echo de menos a Borges. ¿Va a venir? “Si serás boludo, no sabés que Borges siempre está, él está en cualquier parte, nunca se va a ningún lado, no necesitás tenerlo en persona para hablar con él, entonces puedes preguntarle qué cosa es eso de los eneagramas, es que voy a una

plática de ese tema y no sé qué relación tenga con la personalidad.

“Mirá, si ya está aquí”, Buenas tardes maestro, ¿Qué tal está? Él, mirándome con curiosidad me dice que muy bien, con un poco de agobio y luego me espeta. “¿Vos sos chilango, no?” Le contesto que sí. “¿Sabes que conozco a tus paisanos? Son buenos pibes, me encanta Octavio Paz, es con quien mejor amistad llevo, también tengo buenas relaciones con Alfonsito” ¿Se refiere a Reyes? ¿A Alfonso Reyes? “Sí, por supuesto. Los otros son buenas personas como Efraín Huerta, el más tranquilo es Carlitos Fuentes, no es poeta pero se le da bien la prosa. Yo nunca escribí novelas, no tenía la paciencia para contar tantas cosas, y de haberlo hecho me habrían salido narraciones como el Ulises de James Joyce, ¿Para qué hacerle eso a los lectores? No me lo explico. Eso se hace entre los que te entienden, entre camaradas y maestros. A veces me reúno con los ingleses y Joyce, comentamos cosas, pero los últimos tiempos prefiero venirme a la patria, a mi tierra querida, ¿Vos cómo te sentís en Buenos Aires?” La verdad muy bien, estoy hipnotizado por los tangos. “Seguro que se te ha metido en lo más hondo esa composición de Gardel, Por una cabeza, vos estás con la melodía, ya lo veo, eso se adivina en la mirada. Para mi gusto la letra está flojita, pero hay composición musical, eso es lo que cuenta. Si te ponés a escuchar en las tardes la voz de la ciudad oirás un estruendo de cazuelas golpeadas por las cucharas, son sonido sordos, enloquecedores, pero pasado el momento surge la otra voz, la del español lunfardo que es casi como el albur mexicano, pero mucho más romántico.”

Capítulo 3

Se nos acerca Bioy con unas calabazas en bandeja y al ver a Borges, se sonríe. Maestro, quería preguntarle sobre eso de los eneagramas, sabrá que no tengo Internet y por el hábito de buscar todo en la red ya no se me queda nada en la cabeza y, lo peor, ya no puedo memorizar muchas cosas y menos razonarlas.

“Es el mal de la era moderna” Dice Cortázar con cierto pesar y exhalando muy fuerte el humo de su cigarrillo. “Por desgracia mis queridos muchachos, ese es el precio que hay que pagar por el progreso, pero no hay de qué preocuparse, siempre es posible entrenar la mente. Por cierto, esos cursos no son de numerología como te decía tu voz interior...” ¿Nos ha escuchado? “Por supuesto ¿Qué no te ha dicho Julito que yo estoy en todos lados? Pues bien, esos cursos a los que piensas asistir no son de matemáticas. Los eneagramas son una estrella de nueve casillas en la que una persona pone los rasgos más predominantes de su personalidad. El uno, por ejemplo, es lo que llaman el eneatispo del reformador, o sea el de esas personas que desean hacer lo correcto y se esfuerzan por cambiar la realidad para mejorarla.

Cada eneatispo tiene su nombre y sus características. El segundo es el del ayudador, el tercero es del triunfador, el cuarto es del romántico, el quinto es el del investigador, el sexto es el del leal, el séptimo el del entusiasta, el octavo el del desafiador, y el noveno el del pacificador. En los cursos que se imparten en escuelitas improvisadas o en las empresas como un training, tratan de que la gente defina cuáles son sus características y aprenda a conocerse a sí misma, incluso es un método que se usa en la psicología para tratamientos de psicoanálisis, pero no es eficiente al cien por ciento. No te recomendaría que fueras porque luego te harás un prototipo falso de vos”.

Jorge Luis me preguntó el día de mi nacimiento y al escuchar los números se cayó y se quedó pensativo, sumido en una red de ideas que lo había asaltado y luego sacó un block de notas y empezó a componer una novena, que en realidad, era una redondilla y una quintilla rimadas en consonante “. “Dejalo en paz, no lo molestés, que necesita concentración para el poema”

Me cogió Julio por el hombro y me preguntó si me identificaba con los cronópios. Por supuesto, le respondí, en cierto grado he sido siempre como ellos. ¿Cómo los conociste vos, Julio, en Morel? Con una risa de nicotina y dientes manchados responde. “No, lo de Morel se lo inventó Adolfo solo. Le gusta jugar con la fantasía y ridiculizar la realidad, lo hace bien y tiene buen sentido del humor.”

De pronto se oye una melodía que se desplaza como serpiente por la Plaza de Mayo, vibra una oruga de fuelle y se oye muy bajito la voz de Gardel. Mis tres acompañantes se sonríen entre sí y entrecierran los ojos para disfrutar de la cadencia de la víbora de notas y la voz bonaerense, pero no es por la satisfacción por lo que entrecierran las cuencas de los ojos, es porque están invocando a una mujer. La más amada, la más bella del puerto. Pero no es la Emma Zunz de Jorge Luis ni La Maga de J Florencio, es más bien una a la que llaman La Argentina,

*Por una cabeza de un noble potrillo
que justo en la raya afloja al llegar
y que al regresar parece decir:
No olvides, hermano, vos sabés, no hay que jugar...
Por una cabeza, metejón de un día,
de aquella coqueta y risueña mujer
que al jurar sonriendo, el amor que está mintiendo
quema en una hoguera todo mi querer.*

Capítulo 4

Aparece la dama galante, imponente con sus medias bordadas y su vestido tanguero, la abrazo y siento que mis pies se mueven solos, patinan, su cuerpo ardiente se fricciona contra el mío. Lleva los hombros descubiertos y unos muy finos tirantes. Su perfume es de alga marina y sudor de rocío matinal. Lleva zapatos de taconillo bajo. Voy al ritmo de la música y repito los movimientos clásicos del baile. La sujeto por la cintura y me guía hacia su rosado corazón. Le doy un medio giro y la miro de frente, ejecuta los ochos muy adornados, hace el giro y nos quedamos en un gancho, la quebrada nos ha dejado tensos y ardientes, sus ojos verdes marinos me enloquecen. ¿Cómo te llamas? "Soy La Argentina"

Yo conocí a una Argentina muy guapa pero vivía en España, fue la pasión de Joselito, el Gallo, de Ignacio Sánchez Mejías, su amante, de Rafael Alberti, su poeta, y fue la confidente de Lorca. Cantaba como gitana, les salmodiaba la melodía de los cuatro muleros. Su nombre no era La Argentinita como le decían todos, más bien se llamaba Encarnación López Julvéz, de origen cañí, era gallega de corazón, italiana de temperamento y bonaerense de voz, poseía el canto de las sirenas. "Yo también sé cantar, pero el mío es el canto de la milonga. Vos serás esta noche mi bacán achunchado de licor y placer, verás cómo nos alejamos de suburbio y dejamos la catinga". No te entiendo nada, mi amor. No me hables en lunfardo que me gusta tu voz pero no entiendo las palabras.

Fue lo último que le pude decir. Me llevó por el barrio de San Telmo, probé los más exquisitos licores y vi su espíritu literario, la leí, la escuché. Llegamos sumidos en la ardiente hoguera de un beso al festival de las letras. "Hasta aquí llegamos, corazón. Tus tres amiguetes con un tal Juan Gelman han quedado para echar poesías y sorbetes. Verás a Bolaño, Benedetti, Donoso y Vargas Llosa. ! Que te sirva de lección lo que esta narradora te ha dado! Si estás aquí es por ella porque desde su taller de lectura las letras y palabras por la ciudad ha derramado, ahora todos los artistas inspirados en estos sitios cita se han dado.

Se despidieron de mí mis amigos literatos y me firmaron sus libros. Con lágrimas de gozo me despedí de la ciudad de Juan de Garay. Luego, mirando hacía la mar con la cabeza vuelta hacia el Norte y la mirada fija en el horizonte, meditabunda y semidormida en su ensueño se me fue alejando la gran capital, alegre y cadenciosa, al ritmo de la milonga y los gritos de los hinchas del Boca.